

Las dos caras de un gueto

LA CONSTRUCCIÓN DE UN CONCEPTO SOCIOLÓGICO

LOÏC WACQUANT*

TRADUCCIÓN DE MOISÉS SILVA

Aunque las ciencias sociales han hecho un uso extenso de la palabra gueto como un término descriptivo, no han logrado forjar un concepto analítico robusto del mismo, y en vez de eso se han apoyado en las ideas populares aceptadas en cada época en la sociedad que se está examinando. Este artículo construye un concepto relacional del gueto como un instrumento de encierro y control de dos caras, apoyándose en la historiografía de la diáspora judía en la Europa del renacimiento, la sociología de la experiencia negra norteamericana en las metrópolis fordistas y la antropología de los excluidos por motivos étnicos en Asia Oriental. Esto revela que un gueto es un instrumento sociorganizacional compuesto por cuatro elementos (el estigma, la restricción, el confinamiento espacial y el encasillamiento institucional), que emplea el espacio para reconciliar los dos propósitos antinómicos de la explotación y el ostracismo social. El gueto no es una “área natural” que comparte espacios con la “historia de la migración” (como argumentó Louis Wirth) sino una forma especial de violencia colectiva

concretizada en el espacio urbano. Articular el concepto de gueto hace posible desenredar la relación entre la formación de guetos, la pobreza urbana y la segregación, y clarificar las diferencias estructurales y funcionales entre los guetos y los conglomerados urbanos; y también nos permite hacer resaltar el papel del gueto como incubador simbólico y matriz para la producción de una identidad arruinada, y sugiere que debería ser estudiado por analogía con otras instituciones para el confinamiento forzado de grupos desposeídos y deshonrados, como la reservación, el campo de refugiados y la prisión.

Es una paradoja que, aunque las ciencias sociales han hecho un uso extenso del gueto como un término descriptivo, no han logrado forjar un concepto analítico robusto del mismo. En la historiografía de la diáspora judía en los inicios de la Europa moderna y bajo el nazismo, la sociología de la experiencia negra norteamericana en las metrópolis del siglo xx y la antropología de los excluidos por motivos étnicos en África y Asia Oriental, sus tres dominios tradicionales de aplicación, el término gueto

* Profesor de sociología de la Universidad de California en Berkeley e investigador del Centro de Sociología Europeo en París. Autor de “La penalización de la miseria. De la importación de políticas de seguridad”, en *Reglones*, núm. 51, IRESO, Guadalajara, pp. 6-11.

denota de manera variada un pabellón urbano delimitado, una red de instituciones específicas al grupo y una constelación cultural y cognoscitiva (valores, actitud mental o mentalidad) que conllevan el aislamiento sociomoral de una categoría estigmatizada, así como el truncamiento sistemático del espacio vital y las oportunidades de vida de sus miembros. Pero ninguna de estas corrientes de investigación se ha tomado el trabajo de especificar qué es lo que hace a un gueto como forma social, cuáles de sus características son constitutivas y cuáles derivativas, pues en cada época han dado por hecho y adoptado el concepto popular existente en la sociedad que está siendo examinada, lo cual explica que la idea, aparentemente evidente, no figure en la mayoría de los diccionarios de ciencia social, incluyendo las ediciones anteriores de esta enciclopedia.

UNA NOCIÓN VAGA Y CAMBIANTE

Así, el rango semántico del gueto en la sociedad y la ciencia social norteamericana, que ha dominado la indagación acerca del tópico tanto cuantitativa como temáticamente, se ha expandido y contraído sucesivamente de acuerdo a la manera en la que las élites políticas e intelectuales han contemplado el acosado nexo de etnicidad y pobreza en la ciudad.¹ Al principio, en la segunda mitad del siglo XIX, el término designaba las concentraciones residenciales de judíos europeos en los puertos marítimos del Atlántico, y se distinguía claramente del “barrio bajo” [*slum*] como área de graves problemas de vivienda y de patología social. Se expandió durante la era del progreso para abarcar a todas las zonas urbanas en las que los exóticos recién llegados se reunían, principalmente inmigrantes de clase baja de las regiones del sureste de Europa y afroamericanos que huían del régimen Jim Crow de subyugación de castas en el sur de Estados Unidos. Expresando las preocupaciones de la clase dominante acerca de si estos grupos podrían o deberían asimilarse en el patrón anglosajón predominante del país, el término se refirió entonces a la intersección entre el vecindario étnico y el barrio bajo, donde la segregación se combinaba

con el descuido físico y el hacinamiento para exacerbar males urbanos como la delincuencia, la descomposición de la familia y la pauperización, y obstaculizar la participación en la vida nacional. El paradigma ecológico de la escuela de sociología de Chicago le dio autoridad científica a esta concepción. En su clásico *The ghetto*, Wirth asimila al gueto judío de la Europa medieval, las “pequeñas sicilias, pequeñas polonias, barrios chinos y cinturones negros en nuestras grandes ciudades”, junto con las “áreas de vicio” que albergan a tipos desviados como vagabundos, bohemios y prostitutas, de todas las cuales se dice que son “áreas naturales” nacidas del deseo universal de diferentes grupos de “preservar sus peculiares formas culturales” y cada una de ellas cumpliendo una “función” especializada en el organismo urbano más amplio.²

La noción se contrajo después de la segunda guerra mundial bajo la presión del movimiento de los derechos civiles, para significar principalmente los compactos y congestionados enclaves a los que los afroamericanos eran forzosamente relegados al emigrar a los centros industriales del norte. El crecimiento de una “metrópolis negra en el vientre de la blanca”, en la que los negros evolucionaban instituciones paralelas y claramente distintas para compensar y protegerse de la impasible exclusión de los blancos,³ contrastaba de manera aguda con la suave dispersión residencial de los norteamericanos europeos de ascendencia extranjera. En el momento más álgido de los levantamientos negros de los años sesenta, Kenneth Clark hizo de esta relación de subordinación etnoracial el epicentro de su disección del *dark ghetto* (gueto oscuro) y sus penas: “Estados Unidos ha contribuido al concepto del gueto la restricción de personas a un área especial y la limitación de su libertad de elección sobre la base del color de la piel.⁴ Los muros invisibles del gueto oscuro han sido erigidos por la sociedad blanca, por los que tienen el poder”. Este diagnóstico fue confirmado por la Comisión Kerner,⁵ una fuerza de tarea bipartidista nombrada por el presidente Johnson cuyo reporte oficial sobre los “desórdenes civiles” que sacudieron a las metrópolis estadounidenses, advirtió que, debido a la intran-

1. Ward, David. *Poverty, ethnicity, and the american city, 1840-1925*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989.

2. Wirth, Louis. *The ghetto*, University of Chicago Press, Chicago, 1928, p.6.

3. Drake, St. Clair y Horace R. Clayton. *Black metropolis: a study of negro life in a northern city*, University of Chicago Press, Chicago, 1933.

4. Clark, Kenneth B. *Dark ghetto: dilemmas of social power*, Harper, Nueva York, 1965, p.11.

5. Kerner Commission. *The Kerner Report. The 1968 Report of the National Advisory Commission on Civil Disorders*, Pantheon, Nueva York, 1969.

sigencia racial de los blancos, Estados Unidos se estaba “moviendo hacia dos sociedades, una blanca y una negra, separadas y desiguales”. Pero durante las siguientes dos décadas el gueto oscuro se derrumbó y se convirtió en un territorio yermo de temor y disolución debido a la desindustrialización y a las políticas estatales de reducción de la beneficencia y fortificación urbana. Y conforme la dominación racial se volvió más difusa y refractada a través de un prisma de clase, la categoría fue desplazada por el eufemismo geográfico de ciudad interior (*inner city*) y el neologismo de subclase (*underclass*), definida como el substrato de residentes del gueto plagados por conductas antisociales, desempleo agudo y aislamiento social.⁶ Para los años noventa la neutralización del gueto en la investigación orientada hacia políticas culminó en la eliminación de toda mención de raza y poder para redefinirlo como cualquier zona de pobreza extrema, independientemente de su composición poblacional e institucional, disolviendo en efecto el gueto de nuevo en el barrio bajo.

La extensión del término al estudio de los patrones socio-culturales distintivos elaborados por los homosexuales en las ciudades de las sociedades avanzadas “en respuesta tanto al estigma como a la liberación *gay*” después de las revueltas de Stonewall⁷ y su reciente resurgimiento en Europa Occidental en acalorados debates científicos y políticos acerca de los vínculos entre la inmigración poscolonial, la reestructuración económica postindustrial y la dualización urbana parecerían solamente hacer más confuso su significado.⁸ Sin embargo, se pueden extraer hilos comunes y propiedades recurrentes de estas variadas literaturas para construir un concepto relacional del gueto como un instrumento de encierro y control que aclara la mayor parte de la confusión que lo rodea y hace una poderosa herramienta para el análisis social de la dominación etnoracial y la desigualdad urbana. Para ello basta con retornar al origen histórico de la palabra y del fenómeno que describía en la Venecia del renacimiento.

UNA INSTITUCIÓN DE DOS CARAS: DE ENCIERRO Y CONTROL ÉTNICO

Acuñada por derivación de los vocablos italianos *giudeca*, *borgueto* o *gietto* (o del alemán *gitter* o el hebreo talmúdico *get*: la etimología está en disputa), la palabra gueto se refiere inicialmente a la asignación forzosa de los judíos a zonas especiales por las autoridades políticas y religiosas de las ciudades. En la Europa medieval a los judíos se les asignaban comúnmente espacios en las ciudades en los que residían, administraban sus propios asuntos y seguían sus costumbres. Esos espacios eran otorgados o vendidos como un privilegio para atraerlos a los pueblos o principados para los que satisfacían roles clave como prestamistas, recolectores de impuestos y mercaderes a largas distancias. Pero entre los siglos XIII y XVI, después de los desórdenes causados por las cruzadas, el favor se convirtió gradualmente en obligatoriedad.⁹ En 1516 el Senado de Venecia ordenó que se reuniera a los judíos dentro del *gueto nuovo*, una fundición abandonada en una isla aislada encerrada por dos altos muros cuyas ventanas y puertas al exterior fueron cerradas mientras guardias los vigilaban en sus dos puentes y patrullaban los canales adyacentes en botes. A partir de ese momento se permitió a los judíos dedicarse a sus ocupaciones de día, pero tenían que vestir un atuendo distintivo y regresar al interior de las puertas antes de que se pusiera el sol bajo pena de serios castigos. Estas medidas fueron diseñadas como una alternativa a la expulsión, para permitirle a la ciudad-estado cosechar los beneficios económicos de la presencia de los judíos (incluyendo rentas, impuestos especiales y levas forzosas) y al mismo tiempo proteger a sus residentes cristianos del contaminante contacto con cuerpos percibidos como sucios y peligrosamente sensuales, portadores de sífilis y vectores de la herejía, además de llevar consigo la mancha de ganar dinero mediante la usura, lo que la iglesia católica colocaba al mismo nivel que la prostitución.¹⁰

Conforme el modelo veneciano se diseminó en las ciudades de Europa y alrededor de la cuenca del Mediterráneo,¹¹

6. Wilson, William Julius. *The truly disadvantaged: the inner city, the underclass and public policy*, University of Chicago Press, Chicago, 1987.

7. Levine, Martin P. “YMCA: the social organization of gay male life”, en *Gay macho: the life and death of the homosexual clone*, New York University Press, Nueva York, 1979, p.31.

8. Mingione, Enzo (ed.) *Urban poverty and the “underclass”*, Basil Blackwell, Oxford, 1996.

9. Stow, Kenneth R. *Alienated minority: the jews of medieval Europe*, Harvard University Press, Cambridge, 1992.

10. Sennett, Richard. “Fear of touching”, en *Flesh and stone: the body and the city in western civilization*, W.W. Norton, Nueva York, 1994, p.224.

11. Johnson, Paul. “Ghetto”, en *A history of the jews*, Harper Perennial, Nueva York, 1987, pp. 235-245.

la fijación territorial y el aislamiento llevaron por un lado al hacinamiento, el deterioro de la vivienda y el empobrecimiento, así como a un índice excesivo de enfermedad y de mortalidad; y por otro al florecimiento institucional y la consolidación cultural, al responder los judíos a las restricciones cívicas y ocupacionales que se multiplicaban mediante la creación de una densa red de organizaciones específicas al grupo que funcionaban como instrumentos de socorro y solidaridad colectiva, desde mercados y asociaciones de negocios hasta sociedades de caridad y ayuda mutua, lugares de culto religiosos y de estudio. El Judenstadt de Praga, el mayor gueto europeo del siglo XVIII, tenía incluso su propio edificio municipal, el Rathaus, emblema de la relativa autonomía y fuerza comunitaria de sus residentes, y sus sinagogas tenían a su cargo no sólo la guía espiritual sino también la supervisión administrativa y judicial de su población. La vida social en el gueto judío se volvió hacia dentro y estuvo cerca de la “sobreorganización”¹² de manera que reforzaba tanto la integración al interior como el aislamiento al exterior.

Se pueden detectar en este momento inaugural los cuatro elementos constitutivos del gueto: estigma, restricción, confinamiento espacial y encasillamiento institucional. El gueto es un instrumento sociorganizacional que emplea el espacio para reconciliar dos propósitos antinómicos: maximizar las ganancias materiales extraídas de un grupo considerado mancillado y mancillante, y minimizar el contacto íntimo con sus miembros para alejar la amenaza de la corrosión y el contagio simbólicos que llevan consigo. La misma lógica dual de explotación económica y ostracismo social gobernó el génesis, la estructura y el funcionamiento del gueto afroamericano en las metrópolis fordistas durante la mayor parte del siglo XX. Los negros fueron reclutados hacia las ciudades del norte de Estados Unidos porque su mano de obra no calificada era indispensable para las industrias que formaban la columna vertebral de la creciente economía de fábricas. Pero ni se pensaba siquiera en que se mezclaran o se asociaran con los blancos, que los veían como inherentemente desagradables, congéni-

tamente inferiores y desprovistos de honor étnico debido a la mancha de la esclavitud. Conforme los negros salieron del sur por millones, la hostilidad blanca creció y los patrones de discriminación y segregación que hasta entonces habían sido informales e inconsistentes se endurecieron en la vivienda, las escuelas y los servicios públicos, y se extendieron a la economía y a la organización política.¹³ A los afroamericanos no les quedó más alternativa que buscar refugio dentro del perímetro limitado del cinturón negro y desarrollar en él una red de instituciones separadas para procurar las necesidades básicas de la desterrada comunidad. Así surgió una ciudad paralela anclada en iglesias para negros y periódicos para negros, clubes de manzana y logias para negros, escuelas y negocios para negros y asociaciones cívicas y políticas para negros, alojadas en el centro de la metrópolis blanca pero sellada fuera de ella por una infranqueable valla hecha de costumbres, disuasión legal, discriminación económica (por los agentes de bienes raíces, los bancos y el estado) y por la violencia manifestada en las golpizas, las bombas incendiarias y las revueltas que detenían a aquellos que se atrevieran a salirse de la línea de color.

Este paralelismo institucional forzado y basado en el involucramiento y una inflexible separación espacial —no la pobreza extrema, los graves problemas de vivienda, la diferencia cultural o la simple separación residencial— es lo que ha distinguido a los afroamericanos de todos los demás grupos en la historia de Estados Unidos, como lo han hecho notar los más importantes estudiosos de la experiencia negra urbana, desde W.E.B. Du Bois y E. Franklin Frazier a Drake y Cayton, Kenneth Clark y Oliver Cox.¹⁴ También caracteriza la trayectoria de los burakumin en las ciudades japonesas después del fin de la era Tokugawa.¹⁵ Como descendientes de los *eta*, la más baja de las cuatro castas que formaban el orden de propiedad del Japón feudal, los burakumin eran intocables a los ojos de las religiones budista y shintoísta, y estaban legalmente confinados del anochecer al amanecer en caseríos alejados (*buraku*), obligados a usar un collar amarillo y a caminar descalzos, a

12. Wirth, Louis. *The ghetto*, op. cit., p.62.

13. Spear, Allan H. *Black Chicago: the making of a negro ghetto, 1890-1920*, University of Chicago Press, Chicago, 1968; Osofsky, Gilbert. *Harlem: the making of a ghetto-negro New York, 1890-1930*, Harper and Row, Nueva York, 1971.

14. Wacquant, Loïc. “A black city within the white”: revisiting America’s dark ghetto”, en *Black Renaissance*, vol.2, núm.1, 1998, pp. 141-151.

15. Hane, Misiko. *Peasants, rebels, and outcastes: The underside of modern Japan*, Pantheon, Nueva York, 1982.

postrarse sobre sus manos y rodillas cuando se dirigieran a la gente común y restringidos a casarse sólo entre ellos. Aunque fueron oficialmente emancipados en 1871, cuando se mudaron a las ciudades fueron empujados contra su voluntad en vecindarios de mala fama cerca de basureros, crematorios, cárceles y mataderos, vistos generalmente como nidos de criminalidad e inmoralidad. En esos lugares eran excluidos de los empleos en la industria y encerrados en empleos sucios y mal pagados, enviados a escuelas separadas y obligados a mantener la endogamia por la indeleble mancha de su sangre que era rastreada a través de “registros de familia”.¹⁶ A finales de los años setenta, de acuerdo a la Liga de Defensa Burakumin, se estimaba que eran tres millones, atrapados en seis mil guetos en alrededor de mil ciudades de la isla principal.

Diseminados en tres continentes y a lo largo de cinco siglos, los casos de los judíos, los afroamericanos y los burakumin demuestran que el gueto no es una “área natural”¹⁷ que surge a través de una adaptación ambiental gobernada por una lógica biótica “similar a la competencia cooperativa que subyace a la comunidad de las plantas”. El error de la primera Escuela de Chicago consistía aquí en falsamente “convertir la historia en historia natural” y hacer pasar la formación de guetos como “una manifestación de la naturaleza humana”, virtualmente ocupando el mismo espacio que “la historia de la migración”,¹⁸ cuando es una forma de urbanización altamente peculiar distorsionada por las relaciones asimétricas de poder entre grupos etnoraciales, una forma especial de violencia colectiva concretizada en el espacio urbano. Que la formación de guetos no es un proceso “no controlado y no diseñado”, como Robert E. Park afirmó en su prefacio a *The ghetto*,¹⁹ fue especialmente visible después de la segunda guerra mundial, cuando el gueto negro estadounidense fue reconstruido de arriba abajo mediante políticas estatales de vivienda pública, renovación urbana, y desarrollo económico suburbano cuya intención era reforzar la rígida separación entre los negros y los blancos.²⁰ Es incluso

más evidente en el caso de las “ciudades de casta” construidas por los poderes coloniales para inscribir en el espacio la organización de jerarquías étnicas de sus posesiones de ultramar, como Rabat bajo el dominio francés de Marruecos y Ciudad del Cabo después de la aprobación de las Actas de Áreas de Grupo (Group Areas Acts) bajo el régimen del *apartheid* en Sudáfrica.²¹

Reconocer que es un producto y un instrumento del poder de grupo hace posible apreciar que, en su forma más desarrollada, el gueto es una institución de dos caras, ya que sirve funciones opuestas para los dos colectivos a los que une en una relación de dependencia asimétrica. Para la categoría dominante, su lógica es confinar y controlar, lo que se traduce en lo que Max Weber llama el “encierro excluyente” (*exclusionary closure*) de la categoría dominada. Para esta última, sin embargo, es un instrumento integrador y protector en la medida en la que alivia a sus miembros del contacto con los dominantes y fomenta la asociación y la construcción de la comunidad dentro de la restringida esfera de relaciones que crea. El aislamiento impuesto desde el exterior lleva a la intensificación del contacto social y a compartir la cultura al interior. Los guetos son el producto de una dialéctica móvil y llena de tensiones de hostilidad externa y afinidad interna que se expresa como ambivalencia al nivel de la conciencia colectiva. Así, aunque los judíos europeos protestaron consistentemente de relegación dentro de sus distritos excluidos, estaban también profundamente apegados a ellos y agradecidos por la relativa seguridad que les ofrecían y las formas especiales de vida colectiva que mantenían: el gueto de Francfort en el siglo XVIII era “no sólo una escena de confinamiento y persecución, sino un lugar donde los judíos estaban completamente, supremamente, en casa”.²² De manera similar, los negros norteamericanos se enorgullecían de haber “erigido una comunidad a su propia imagen”, aun cuando resentían el hecho de que lo habían hecho bajo presión, como resultado de una incesante

16. DeVos, George e Hiroshi Wagatsuma (eds.) *Japan's invisible race: caste in culture and personality*, University of California Press, Berkeley, 1966.

17. Wirth, Louis. *The ghetto*, op. cit., pp. 284-285.

18. *Ibidem*, p.285.

19. *Ibid*, vii.

20. Hirsch, Arnold. *Making the second ghetto: race and housing in Chicago 1940-1970*, University of Chicago Press, Chicago, 1983.

21. Abu-Lughod, Janet L. *Rabat: urban apartheid in Morocco*, Princeton University Press, Princeton, 1980; Western, John. *Outcast cape town*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1981.

22. Gay, Ruth. *The jews of Germany: a historical portrait*, Yale University Press, New Haven, 1992, p.67.

exclusión de los blancos cuyo objetivo era alejar el espectro de la “igualdad social”, esto es, la mezcla sexual.²³

DESENMARAÑANDO EL GUETO

Articular el concepto del gueto permite desenmarañar la relación entre la formación de este, la pobreza urbana y la segregación, y por tanto clarificar las diferencias estructurales y funcionales entre los guetos y los vecindarios étnicos. Nos permite también enfatizar el papel del gueto como una incubadora y matriz simbólica para la producción de una identidad arruinada.

I

La pobreza es una característica frecuente pero derivativa y variable de los guetos: el hecho de que la mayoría de los guetos han sido históricamente lugares de miseria endémica y con frecuencia aguda debido a la escasez de espacio, la densidad del asentamiento y a la explotación económica y maltrato generalizado de sus residentes, no implica que un gueto es necesariamente un lugar de destitución ni que está uniformemente empobrecido. El Judengasse de Francfort, instituido en 1490 y abolido en 1811, pasó por periodos de prosperidad no menos que de penuria, y contenía segmentos de extrema opulencia conforme los judíos de la corte contribuían a que la ciudad se convirtiera en un vibrante centro del comercio y las finanzas: parte de su glamour hasta la fecha proviene de haber sido el hogar ancestral de la dinastía Rothschild.²⁴ James Weldon Johnson insistía que el Harlem de los años treinta “no era un barrio bajo ni una zona marginal” sino la “capital cultural” de la Norteamérica negra, donde “las ventajas y las oportunidades del negro son mayores que en cualquier otro lugar del país”;²⁵ de la misma manera, la Bronzeville de Chicago era mucho más próspera a mediados del siglo que las comunidades negras del sur, y albergaba a la mayor y más acaudalada burguesía afroamericana de su época.²⁶ El hecho de que un gueto sea pobre o no depende de factores externos como al

demografía, la ecología, las políticas estatales y la situación de la economía que lo rodea.

Por otra parte, no todas las áreas urbanas desposeídas y arruinadas son guetos. Los vecindarios blancos en decadencia en las ciudades en proceso de desindustrialización en el medio oeste de Estados Unidos y las Midlands británicas, los pueblos rurales deprimidos de la antigua Alemania Oriental y el sur de Italia, y las despreciadas villas miserias del área urbana de Buenos Aires al final del siglo xx son territorios de degradación y descomposición de la clase trabajadora, no contenedores étnicos dedicados a mantener a un grupo excluido en una relación de subordinación y aislamiento. No son guetos más que en un sentido metafórico, no importa qué tan empobrecidos estén: si las tasas extremas de pobreza bastaran para hacer un gueto, entonces grandes porciones de la antigua Unión Soviética y la mayoría de las ciudades del tercer mundo serían guetos gigantescos. Las favelas de las metrópolis brasileñas, frecuentemente descritas como segregadas madrigueras de decadencia y desorganización, resultan ser pabellones de clase trabajadora con redes finamente estratificadas de lazos con la industria y con las zonas acaudaladas, a las que proporcionan mano de obra para el servicio doméstico. Como en los ranchos de Venezuela y las poblaciones de Chile, las familias que habitan estos asentamientos de “paracaidistas” abarcan todo el espectro de color y tienen extensos lazos genealógicos con hogares de mayores ingresos; son “no social y culturalmente marginados, sino estigmatizados y excluidos de un sistema de clases cerrado”.²⁷ Dado que no todos los guetos son pobres y que no todas las áreas pobres son guetos, no podemos colapsar y confundir el análisis de la formación de guetos con el estudio de los barrios bajos y las zonas de clase baja de la ciudad.

II

De manera similar, todos los guetos son segregados, pero no todas las áreas segregadas son guetos. Los barrios selectos del oeste de París, los exclusivos suburbios de clase alta de Boston o Berlín, y las “comunidades con portones” que se han

23. Drake, St. Clair y Horace R. Clayton. *Black metropolis...*, op. cit., p.115.

24. Wirth, Louis. *The ghetto*, op. cit., capítulo 4.

25. Johnson, James Weldon. *Black manhattan*, Da Capo, Nueva York, 1981, p.4.

26. Drake, St. Clair y Horace R. Clayton. *Black metropolis...*, op. cit.

27. Perlman, Janice. *The myth of marginality: urban poverty and politics in Rio de Janeiro*, University of California Press, Berkeley, 1976, p.195; Quijano, Aníbal. *Notas sobre el concepto de la marginalidad social*, Comisión para el Reporte Latinoamericano, Santiago de Chile, 1968.

multiplicado en ciudades como São Paulo, Toronto o Miami son monótonas en términos de riqueza, ingresos, ocupación y con frecuencia etnicidad, pero con todo eso no son guetos. La segregación en ellas es totalmente voluntaria y electiva, y por esa razón no es completamente inclusiva ni perpetua. Los enclaves fortificados de lujo ofrecen “seguridad, separación, homogeneidad social, amenidades y servicios” para permitirle a las familias burguesas escapar de lo que ellos perciben como “el caos, la suciedad y el peligro de la ciudad”.²⁸ Estas islas de privilegio sirven para aumentar, no limitar, las oportunidades de vida y proteger los estilos de vida de sus residentes, e irradian una positiva aura de distinción, no una sensación de infamia y temor. Esto sugiere que la segregación espacial es una condición necesaria pero no suficiente para la formación de un gueto. Para que surja un gueto el confinamiento espacial debe, primero, ser impuesto y abarcar a todos, y segundo, tener sobrepuesta una serie distintiva y duplicativa de instituciones que le permitan al grupo así encerrado reproducirse dentro de su perímetro asignado. Si los negros son el único grupo “hipersegregado” en la sociedad norteamericana²⁹ es porque son la única comunidad que ha combinado la segregación involuntaria con un paralelismo institucional que los atraparon en su propio cosmos social separado e inferior, lo que a su vez reforzó su aislamiento residencial. Que incluso la segregación involuntaria al fondo del orden urbano no produce por sí sola guetos es demostrado por la suerte de las *banlieues* francesas a partir de los años ochenta. Aunque han sido ampliamente denigradas como guetos en el discurso público, y sus habitantes comparten una vívida sensación de estar apartados en un “espacio penalizado” plagado por el aburrimiento, la angustia y la desesperanza,³⁰ la relegación a estas deprimidas concentraciones de vivienda pública en la periferia urbana está basada en la clase, no en la etnicidad; como resultado, son culturalmente heterogéneas, albergando típicamente familias nacidas en Francia junto con inmigrantes de docenas de nacionalidades. Sus habitantes sufren no una duplicación institucional sino, por el contrario, una falta de una estructura organizacional

creada al interior y que pueda sostenerlos en la ausencia de empleo bien pagado y servicios públicos adecuados. Como las ciudades internas británicas u holandesas y los conglomerados de inmigrantes en las ciudades de Alemania e Italia, las *banlieues* francesas son, sociológicamente hablando, antiguuetos.³¹

III

Los guetos y los vecindarios étnicos tienen estructuras divergentes y funciones opuestas: ir más allá de una perspectiva de escalas para analizar el peculiar modelamiento de las relaciones sociales dentro del gueto, así como entre este y la ciudad que le rodea, pone en agudo relieve las diferencias entre el gueto y los conglomerados étnicos o vecindarios de inmigrantes que los recién llegados a las metrópolis han formado en muchos países. Las “colonias” extranjeras del Chicago del periodo entre guerras que Robert Park, Ernest Burgess y Louis Wirth —y después de ellos la tradición liberal de la sociología e historiografía asimilacionistas— confundieron con guetos blancos eran constelaciones desperdigadas y móviles nacidas de la afinidad cultural y la concentración ocupacional. La segregación en ellas era parcial y porosa, un producto de la solidaridad de los inmigrantes y la atracción étnica, y no impuesta por una hostilidad desde fuera del grupo. En consecuencia, la separación residencial no fue ni uniforme ni rígida para estos grupos: en 1930, cuando la totalmente negra Bronzeville albergaba 92% de la población afroamericana de la ciudad, la Pequeña Irlanda de Chicago era “un revoltijo étnico” de 25 nacionalidades, compuesto de sólo un tercio de irlandeses y con un escaso 3% de los habitantes de ascendencia irlandesa de la ciudad.³²

Lo que es más, las distintivas instituciones de los enclaves de inmigrantes europeos miraban hacia fuera: operaban para facilitar el ajuste al entorno novedoso de la metrópolis estadounidense. No replicaban las organizaciones de su país de origen ni perpetuaban el aislamiento social y la distinción cultural, y así fueron desapareciendo a lo largo de dos generaciones, conforme sus usuarios lograban el acceso a sus contrapartes nor-

28. Caldeira, Teresa. *City of walls: crime, segregation and citizenship in São Paulo*, University of California Press, Berkeley, 2001, pp. 264-265.

29. Massey, Douglas y Nancy Denton. *American apartheid: segregation and the making of the underclass*, Harvard University Press, Cambridge, 1992.

30. Pétonnet, Colette. *Espaces habités. Ethnologie des banlieues*, Galilée, París, 1982.

31. Wacquant, Loïc. *Urban outcasts: toward a sociology of advanced marginality*, Polity Press, Cambridge, 2004.

32. Philpott, Thomas Lee. *The slum and the ghetto: neighborhood deterioration and middle-class reform, Chicago 1880-1930*, Oxford University Press, Nueva York, 1978, pp. 141-145.

teamericanas y trepaban en el orden social y la correspondiente escalera de espacios,³³ todo lo cual está en agudo contraste con la inmutable exclusividad racial y la perdurable otredad institucional del cinturón negro. Esta ilustración de Chicago dramatiza el hecho de que el vecindario de inmigrantes y el gueto tienen funciones diametralmente opuestas: uno es un trampolín para la asimilación mediante el aprendizaje cultural y la movilidad social y espacial, y el otro es un pabellón de aislamiento material y simbólico orientado hacia la disimilación. Al primero lo puede representar mejor un puente, y al segundo un muro.

UNA MÁQUINA DE IDENTIDAD MANCHADA

El gueto no es sólo el medio concreto y la materialización de la dominación etnoracial a través de la segmentación espacial de la ciudad sino también una potente máquina de identidad colectiva por derecho propio, pues contribuye a incrustar y elaborar la misma división de la cual es una expresión de dos maneras complementarias y mutuamente reforzantes. Primero, el gueto agudiza la frontera entre la categoría excluida y la población que la rodea al profundizar el abismo sociocultural entre ellas: hace a sus residentes objetiva y subjetivamente más disimilares de otros habitantes de la ciudad sometidos a condicionamientos especiales, de manera que los patrones de cognición y conducta a los que dan lugar tienen todas las posibilidades de ser percibidos desde afuera como singulares, exóticos, incluso aberrantes,³⁴ lo que alimenta las creencias prejuiciosas acerca de ellos. Segundo, el gueto es una máquina de combustión cultural que derrite las divisiones entre el grupo confinado y alimenta su orgullo colectivo al mismo tiempo que profundiza el estigma que se cierne sobre él. El entrapamiento espacial e institucional desvía las diferencias de clase

y corroe las distinciones culturales al interior de la categoría etnoracial relegada. Así, el ostracismo de los cristianos fundió a los judíos ashkenazim y a los sefarditas en una sola identidad judía de manera que desarrollaron un “tipo social” y un “estado mental” comunes en los guetos de Europa.³⁵ De manera similar, el gueto oscuro norteamericano aceleró la amalgama sociosimbólica de mulatos y negros en una sola “raza”, y convirtió la conciencia racial en un fenómeno de masas que alimentó la movilización comunitaria en contra de la continuación de la exclusión de casta.³⁶

Sin embargo, esta identidad unificada no puede evitar llevar la marca de la ambivalencia, ya que sigue estando manchada por el mismo hecho de que la formación del gueto proclama lo que Weber llama la “evaluación negativa del honor” asignada al grupo confinado. Tiene por lo tanto una tendencia a fomentar entre sus miembros sentimientos de duda y odio de sí mismos, disimulación del origen “pasando [por otro]”, la pernicioso derogación de la propia clase, e incluso una fantasmagórica identificación con los dominantes.³⁷ Y debido a que la formación del gueto está típicamente ligada de manera estrecha con la etnicidad, la segregación y la pobreza, es difícil discernir de forma empírica cuáles de las propiedades exhibidas por los habitantes del gueto son “rasgos culturales específicos del gueto”, a diferencia de propiedades que expresan clase, comunidad o masculinidad.³⁸ Asimismo, las formas culturales forjadas en el gueto permean a través de sus fronteras y circulan en la sociedad que los rodea, donde con frecuencia se convierten en signos externos de rebelión cultural y excentricidad social, como lo indica la fascinación de los adolescentes burgueses de todo el mundo por el *gangster rap* de los negros estadounidenses. Esto hace difícil distinguir entre formas culturales efectivamente presentes entre los residentes del gueto y la imagen pública de ellas difundida en la sociedad en general (incluyendo vía escritos académicos).

33. Véase Nelli, Humbert S. *Italians in Chicago: a study in ethnic mobility*, Oxford University Press, Nueva York, 1970; un proceso similar de difusión espacial mediante la incorporación de clase de los inmigrantes belgas, italianos, polacos e ibéricos en la ciudad industrial francesa es reportado por Gerard Noiriel, *Le creuset français*, Éditions du Seuil, París, 1988.

34. Sennett, Richard. *Op. cit.*, p.244; Wilson, William Julius. *Op. cit.*, pp. 7-8.

35. Wirth, Louis. *The ghetto*, *op. cit.*, pp. 71-78; “The ghetto”, en Albert J. Reiss, Jr. (ed.), *On cities and social life*, The University of Chicago Press, Chicago, 1964, pp. 84-98.

36. Drake, St. Clair y Horace R. Clayton. *Black metropolis...*, *op. cit.*, p.390.

37. Clark, Kenneth B. *Dark ghetto...*, *op. cit.*, pp. 63-67.

38. Hannerz, Ulf. *Soulside: inquiries into ghetto culture and community*, Columbia University Press, Nueva York, 1969, p.79.

Es útil pensar en el gueto y el conglomerado étnico como dos configuraciones ideotípicas situadas en extremos opuestos de un continuo a lo largo del cual diferentes grupos se pueden ubicar o viajar con el tiempo dependiendo de la intensidad con la que las fuerzas del estigma, la restricción, el confinamiento espacial y la duplicación y lo completo de sus instituciones se combinan y los afectan. La formación de guetos puede convertirse entonces en una variable multinivel para el análisis comparativo y la especificación empírica. Puede ser atenuada hasta el punto en que, a través de la gradual erosión de sus fronteras espaciales, sociales y mentales, el gueto se convierta en una concentración étnica electiva que opere como un trampolín para la integración estructural y la asimilación cultural en la formación social más amplia. Esto describe bien la trayectoria de los barrios chinos de Estados Unidos de principios a fines del siglo xx³⁹ y el estatus del enclave de inmigrantes cubanos de Miami que fomentó la integración a través del biculturalismo después del éxodo de Mariel en 1980.⁴⁰ También caracteriza las ciudades Kimchee en las que los coreanos han convergido en las áreas metropolitanas de Japón, que muestran una mezcla de características que las hacen un híbrido entre el gueto y el conglomerado étnico:⁴¹ son lugares de infamia que surgieron primero a través de la enemistad y la restricción, pero a lo largo de los años su población se ha vuelto étnicamente mixta y han permitido a los coreanos socializar y casarse con vecinos japoneses, así como obtener la ciudadanía japonesa por medio de la naturalización. Este esquema también se ajusta al así llamado gueto *gay*, que es más correctamente caracterizado como una comunidad cuasi étnica, ya que “la mayoría de la gente *gay* puede ‘pasar [por heterosexuales]’ y no tiene que estar confinada a interactuar con su ‘propio tipo’”, y ninguno se ve forzado a residir en las áreas de concentración visible de instituciones *gay*.⁴²

Las dos caras del gueto, como arma y como escudo, implican que, al grado en el que lo completo de sus instituciones

y su autonomía se reducen, su papel protector para el grupo subordinado disminuye y está en riesgo de ser avasallado por su modalidad excluyente. En los casos en los que los residentes dejan de ser de valor económico para el grupo dominante, la encapsulación etnoracial puede escalar al punto en el que el gueto sirve como un aparato para simplemente almacenar al grupo arruinado o prepararlo para la forma final de ostracismo, esto es, la aniquilación física. El primer escenario se ajusta a la evolución del hipergueto negro norteamericano en la era posterior a la lucha por los derechos civiles: habiendo perdido su función de reserva de fuerza de trabajo no calificada, se ha vuelto simbióticamente vinculado con el hipertrofiado sistema carcelario de Estados Unidos mediante una triple relación de homología estructural, sustitución funcional y fusión cultural.⁴³ El segundo escenario es el implementado por la Alemania nazi que revivió el Judengueto entre 1939 y 1944, primero para empobrecer y concentrar a los judíos con el propósito de reubicarlos y luego, cuando la deportación masiva resultó ser impráctica, empujarlos hacia campos de exterminio.⁴⁴

La intensificación descontrolada de su impulso excluyente sugiere que el gueto podría ser estudiado de manera más productiva no por analogía con los barrios bajos urbanos, los vecindarios de clase baja y los enclaves de inmigrantes sino junto con la reservación, el campo de refugiados y la prisión, como perteneciente a una clase más amplia de instituciones para el confinamiento forzado de grupos desposeídos y deshonrados. No es coincidencia que el Bridewell de Londres (1555), el Zuchthaus de Amsterdam (1654) y el Hospital général de París (1656), diseñados para infundir la disciplina del trabajo a sueldo a los vagabundos, pordioseros y delincuentes físicamente aptos, fueran inventados alrededor del mismo tiempo que el gueto judío y que los campos de refugiados de hoy en Rwanda, Sri Lanka y los territorios ocupados de Palestina parecen cada vez más como una cruza entre los guetos de la Europa de finales de la edad media y gigantescos gulags. ■

39. Zhou, Min. *Chinatown: the socioeconomic potential of an urban enclave*, Temple University Press, Filadelfia, 1992.

40. Portes, Alejandro y Alex Stepick. *City on the edge: the transformation of Miami*, University of California Press, Berkeley, 1993.

41. DeVos, George y Deakyun Chung. “Community life in a korean ghetto”, en Lee, Changsoo y George De Vos, *Koreans in Japan: ethnic conflict and accommodation*, University of California Press, Berkeley, 1981, pp. 225-251.

42. Murray, Stephen O. “The institutional elaboration of a quasi-ethnic community”, en *International Review of Modern Sociology*, núm.9, Julio de 1979, p.169.

43. Wacquant, Loïc. *Deadly symbiosis: race and the rise of neoliberal penalty*, Polity Press, Cambridge, 2003.

44. Friedman, Philip. “The jewish ghettos of the nazi era”, en *Roads to extinction: essays on the Holocaust*, The Jewish Publication Society of America, Nueva York, 1980, pp. 59-87; Browning, Christopher R. “Nazi ghettoization policy in Poland, 1939-1941”, en *Central european history*, vol.19, núm.4, 1986, pp. 343-368.